



DEL DECALOGO

Ya estamos dentro de la Cuaresma, y la mayoría de los jóvenes no saben de ésto más que se ha cerrado el bañe, ocurre algo extraño, se habla de ayunos y abstinencias, de penitencia, y se encogen de hombros llenos de indiferencia y, quizás, de mofa.

No obstante es el tiempo destinado por la Iglesia para que pensemos un poco que no todo es materia en este mundo, que no sólo vivimos para los negocios de la tierra, sino que también deben os negociar con el alma, esa parte de nuestro ser que nadie ha visto, pero que sin ella nos igualaríamos a un pollino.

Y en vistas a que durante este tiempo se predica más al pueblo, S. S. el Papa ha creído muy conveniente que se hable sobre el Decálogo. Muy bien sabe el Sumo Pontífice que en el cumplimiento de la Ley de Dios, está la paz, la prosperidad y el orden de todos los pueblos; y el hombre que no admite diez reglas para el buen orden ha de sostener una serie de disciplinas, reglas al fin, imposible de enumerar.

¿De qué le puede servir a una nación con los E.E. U.U. las leyes, que pasan del millón, cuando es la parte del Globo do de hay más pillaje? ¿Qué pueden los grandes legisladores de los pueblos si al final son burlados por el mismo?

Cada día, nuevos decretos, más leyes, y se olvidan de que con sólo diez, el Sumo Legislador tuvo suficiente para señalar el camino de la felicidad al humano género.

Lo triste de la realidad es que la humanidad desprecia la Divina Ley, más todavía, quiere que se cumplan algunos puntos, pero los tres primeros, sobre los que se fundan, podríamos decir, los restantes, ésos, no tienen importancia para los desvergonzados e impíos.

Cuanta razón tenía un varón santo al decir: «Ama a Dios y haz lo que quieras», mas bien sabía él que aquel que ama a Dios no querrá una vida frívola, no se deleitará en la brutalidad del placer carnal; ni desvalijará de lo justo al trabajador, ni le hará la vida imposible al hombre honrado; jamás manchará su lengua con la calumnia, arma traidora de los cobardes; ni tam-